

Trinidad. Año C

Lectio divina sobre Jn 16,12-15

Tras haber celebrado los misterios centrales de nuestra fe, retornamos al tiempo ordinario, durante el cual iremos acompañando a Jesús, como hicieron sus discípulos un día por tierras de Galilea, oyendo de su boca la predicación del reino y presenciando los portentos que obran sus manos. Se nos presenta así una nueva oportunidad para ir aprendiendo de Jesús y dejarnos sanar nuestras dolencias, mientras nos sabemos caminando por la vida a su vera y tras sus huellas. Pero antes de iniciar este recorrido, la Iglesia nos invita hoy a que centremos nuestra atención - ¡y ojalá nuestro corazón! - solo en Dios, y contemplemos su misterio más íntimo, su ser un único Dios siendo tres personas distintas.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

¹²*"Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora.*

¹³*Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues lo que hable no será suyo: hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir.*

¹⁴*Él me glorificará, porque recibirá de mí lo que os irá comunicando.*

¹⁵*Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho que tomará de lo mío y os lo anunciará"*

I. Lectura: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice.

Parte, y muy breve, de un largo discurso de despedida (Jn 13-17), el texto anuncia la venida del Espíritu y la misión que cumple su llegada: hablar, comunicar, guiar hasta la verdad. Jesús anuncia su marcha: los va a dejar solos y sin muchas luces, pero se compromete a enviarles su Espíritu, el Paráclito, que actuará con ellos como maestro y guía. Al Espíritu se le asigna como tarea la *revelación*. Ha habido un tiempo, el tiempo de la convivencia con Jesús, que no ha capacitado para soportar todo conocimiento de Dios; lo admite el mismo Jesús. Habrá un tiempo, el tiempo del Espíritu, en el que, comunicando lo que aún está por venir, guiará hasta la verdad; es la promesa de Jesús. Jesús, aunque habló de todo lo que había oído del Padre (Jn 15,15), hubiera querido dar a conocer más de cuanto reveló: el Espíritu suplirá esa falta (Jn 16,12). El Espíritu no concurre, pues, con Jesús, completa su obra; inaugurando el tiempo del conocimiento perfecto de las palabras de Jesús, guiará a la comunidad hacia la plena verdad. *Hablar, escuchar* y *anunciar* son los tres verbos que explicitan la acción del Espíritu; su actuación es, pues, análoga a la del Hijo: hablará *de cuanto haya escuchado* y anunciará *lo que ha de venir*.

La llegada del Espíritu no introduce el final de la historia, es un nuevo estadio de ella, el que viene delimitado entre la desaparición de Jesús y su regreso definitivo. Mientras tanto, la comunidad poseerá en el Espíritu la mejor garantía de lectura correcta de su propia historia, que se dejará enjuiciar desde la predicación del Jesús que el Paráclito continúa. Ni uno ni el otro son origen de la revelación que ambos, en tiempos y modos diversos, comunican. No se trata de palabras sólo, ni de simple conocimiento, sino de vida y propiedad; todo lo suyo es propiedad del Padre y todo lo que comunique el Espíritu es propiedad del Hijo; de esa comunidad es receptor el Espíritu y concedora, y por tanto garante, la comunidad (Jn 16,15).

La revelación, del Hijo y del Espíritu, implica a Dios personalmente y 'explica' su triple relación personal. El *Padre*, está al origen, es quien tiene todo lo que se refiere al Hijo. Cuanto manifiesta el *Espíritu* lo ha oído y tomado del Hijo; ni más, ni menos. La gloria del *Hijo* está en que se comunique lo que el Espíritu ha aprendido de él. La salvación está vista aquí como revelación del Hijo; y el Dios Trino, inmerso de forma total y diferenciada en este acontecimiento: en la manifestación de Cristo está implicado el Padre, el Hijo, el Espíritu

II. Meditación: aplicar lo que dice el texto a la propia vida.

Antes de abandonar a los suyos, Jesús les promete enviarles su Espíritu. Tras sus palabras está latiendo la experiencia del discípulo a quien tanto duele la ausencia física de su Señor, una experiencia que caracteriza su actual existencia. Pero en el discurso también se afirma la convicción de no haber quedado del todo desprotegido: el Espíritu que vendrá continuará la labor y la enseñanza de Jesús. Ha de continuar hablando donde Jesús optó por callar, dará a conocer lo que no sólo entrevieron; va a hacerles soportables las exigencias de Jesús y su ausencia; abriéndoles a su verdad, les guiará hacia ella. El Espíritu continúa la obra de Jesús: Él es viático y guía, compañero de camino y líder de la Iglesia hasta que el Señor vuelva. Quien sufre, en cualquiera de sus formas y por cualquier motivo, la lejanía de Cristo puede dedicarse por completo a vivir bajo la protección del Espíritu de Dios. No es parca la promesa.

Ante el misterio, cualquier misterio, no le cabe al hombre más que la aceptación o el rechazo. Misterio es, por definición, algo que puede afirmarse o negarse, pero que en ningún caso nos desvelará su secreto; no se capta la existencia del

misterio cuando se lo entiende, pues comprenderlo sería negarlo; no hay otra forma honrada de situarse ante el misterio más que respetarlo y admirarlo; sorprenderse y quedar sobrecogido es el único modo, legítimamente humano, de reaccionar frente a él. A quien lo contempla, el misterio lo atrae, siempre que se presume que encierra algún beneficio, o lo aterroriza, cuando se presiente que amenaza la propia existencia. Pues bien, el creyente no tiene misterio mayor que contemplar que su propio Dios: por más seguro que esté de Él, nunca llegará a desentrañarlo; aunque no albergue dudas sobre su realidad, no logrará jamás aclararse cómo es, en realidad, su Dios; sin convertirse en un enigma sin solución, Dios es para el creyente siempre una pregunta sin respuesta, una provocación siempre abierta. De cuanto nos ha dejado dicho Jesús, hay cosas que no son soportables..., sin el Espíritu. Al huérfano del Espíritu, se le hace insoportable el evangelio. ¿Qué puedo decir de mí? ¿Encuentro cosas en Jesús que no puedo cargar con ellas? Sería una ocasión para aceptar que hay cosas de Jesús que aún las he apropiado y reconocerlo podría ser un modo de hacerme con el Espíritu.

Sin desvelarnos el misterio íntimo de Dios, Jesús nos ha revelado cómo ha querido ser Dios para nosotros. Su palabra y su vida nos han hablado de todo un Dios que tanto nos ha querido, como para querernos de tres formas diferentes: como Padre, pensando en nosotros cuando nada existía y dándonos cabida en su corazón, antes de hacernos obra de sus manos; como Hijo, haciéndose a nuestra imagen, viviendo como uno de nosotros y muriendo por todos nosotros; como Espíritu, viniendo sobre nosotros como aliento divino y permaneciendo con nosotros mientras, a tientas y a veces extraviados, caminamos hacia Dios. Hablando de este Dios, Trinidad por el triple amor que nos mostró, Jesús no nos aclaró el misterio de Dios; lo hizo, si cabe, tres veces más misterioso; pero con ello descubrió su natural más íntimo, algo que no hubiéramos nosotros ni sospechado siquiera: Dios no es un misterio sino tres, Dios no es una persona sola sino una comunidad, una familia. Así, al menos, ha querido ser para nosotros.

Tenemos, pues, los cristianos a nuestra disposición no ya sólo un buen Dios sino - y valga la expresión - todo un trío de dioses; por no fallarnos, Dios se nos multiplicó; para mejor demostrarnos su amor, Dios se nos mostró Padre, Hijo y Espíritu. Perderíamos el tiempo, y a Dios, si nos empeñáramos en comprender las razones que Dios tuvo para querernos tanto; pero si nos dejáramos amar por ese Dios Trino, apreciaríamos la imaginación y los recursos que Dios ha derrochado para amarnos de forma tan personal como diversa, tan real como divina; conoceremos mejor a nuestro Dios, cuanto más nos reconozcamos amados por Él: quien sabe que su entraña es el Amor, quien se siente entrañablemente querido por Dios, desentraña el ser de Dios; vive su misterio, sin necesidad de comprenderlo: se sabe querido por su Dios sin que tenga que entenderlo, comprendido por Él pero exento de comprenderlo. No tenemos derecho a quejarnos de Dios, no tenemos razón alguna para pensar en que no se interesa por nosotros, si para mejor atendernos se ha 'multiplicado por tres'.

El mismo Jesús nos lo asegura hoy en el evangelio. Antes de dejar a los suyos en el mundo, les prometió su Espíritu; lo podía hacer porque todo cuanto tenía, lo había recibido del Padre: nos dio lo que él tenía de Dios Padre. Su Espíritu le supliría, como él mismo había suplido a Dios, mientras estaba con ellos. Todo lo que no pudo decirles, cuanto no logró comunicarles, se lo descubriría ahora el Espíritu. Aunque ausente, Jesús no abandonó a los suyos: dándonos su Espíritu nos concedió un maestro mejor que él mismo, ya que estará siempre con nosotros, allá donde estemos, siempre que nos demos cuenta que vive dentro de nosotros; adonde vayamos nos precederá como nuestro guía, si nos dejamos conducir por él; nos hará recordar a Jesús, cuando todo a nuestro alrededor se empeñe en olvidarlo, y nos hará más soportables sus exigencias, porque nos infundirá la fuerza precisa para cargar con ellas.

El Espíritu que animó a Jesús en vida, aquel aliento que había recibido del Padre, nos lo ha dejado a cuantos le echamos en falta y nos mantenemos fieles a su querer. Jesús, queriendo quedarse entre nosotros cuando tenía que volver al Padre, nos dejó lo mejor de sí mismo, lo que había recibido de Dios, su propio Espíritu. El discípulo de Jesús que sea hoy discípulo de su Espíritu aprende a conocer no ya sólo el querer de Dios, sino sobre todo cuánto Dios lo ha querido. Vivir del Espíritu de Jesús es vivir el triple Amor que Dios nos ha tenido y en el que nos mantiene; contar con semejante Dios y llevar su huella en nuestro corazón está a nuestro alcance; bastaría con vivir del Espíritu que Jesús nos legó.

Porque Jesús no sólo nos habló de un Dios personal que nos ama tres veces, de tres formas diversas; Jesús ha puesto a nuestra disposición la prueba de ese Amor de Dios: su Espíritu es todo lo que de Dios nos ha dejado, para que, dejándonos conducir por él, nos guíe hacia Dios. De poco nos serviría confesar hoy que Dios es Trino sino no llegásemos a sentirnos amados por Él; no puede interesarnos saber que en Dios hay tres personas distintas, si no logramos saberlas interesadas por nosotros, las tres, y de tres formas diversas. De nada nos vale creer en Dios, Padre, Hijo y Espíritu, si no nos creemos hijos, hermanos y templos de ese Dios Trino.

Tomemos, pues, en serio la trinidad de Dios que hoy celebramos: sorprendámonos de tener un Dios que, por estarnos cercano, se las ha ingeniado para ser tres personas diferentes en su actuación, pero únicas en su amor. Creer hoy en la Trinidad de Dios supone saberse amado por Dios tres veces: ésta es la razón de nuestra celebración hoy; podríamos convertirla en motivo de perpetuo agradecimiento a Dios. ¿Quién puede decir que tiene un Dios semejante?; ¿quién, si no nosotros, puede presumir de un Dios que tanto los ama? Pues dediquémonos a vivir aceptando el misterio de Dios y gozando de su amor. Saldremos, sin duda, ganando. Manifestar a Cristo es tarea de Dios Trino. Recibirle en mi sería la forma de hacerse con Dios. Aceptar a Cristo en mi vida podría suponerme toparme de bruces con todo un Dios, Padre, Hijo y Espíritu. ¿Se puede esperar más?